

CECILIO ALONSO, PETER A. BLY, MARÍA PILAR CELMA, JOSÉ  
MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN, YVAN LISSORGUES, MIGUEL  
MARTÍNEZ CUADRADO, MARTA PALENQUE, LEONARDO  
ROMERO TOBAR, JESÚS RUBIO, GONZALO SOBEJANO Y  
ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ

## **EL CAMINO HACIA EL 98**

**(LOS ESCRITORES DE LA  
RESTAURACIÓN Y LA CRISIS DEL  
FIN DE SIGLO)**

Edición de Leonardo Romero Tobar



**FUNDACIÓN DUQUES DE SORIA**

VISOR MADRID 1998

# Índice

PRELIMINAR (Leonardo Romero Tobar) .....	7
La quiebra del naturalismo en la literatura española del fin de siglo (Gonzalo Sobejano) .....	13
Krausismo y Regeneracionismo. El noventa y ocho en España y en el pensamiento europeo (Miguel Martínez Cuadrado) .....	29
Los escritores catalanes ante la literatura española de la crisis finisecular (Adolfo Sotelo Vázquez) .....	57
Valera ante el 98 y el fin de siglo (Leonardo Romero Tobar) .....	91
Benito Pérez Galdós: noventa y ochista desencantado antes del 98 (Peter A. Bly) .....	117
Emilia Pardo Bazán ante el 98 (1896-1905) (José Manuel González Herrán) .....	139
Leopoldo Alas, <i>Clarín</i> , frente a la crisis del fin de siglo (Yvan Lissorgues) .....	155
<i>Prensa periódica y creación literaria durante la Restauración y el traspaso de siglos</i>	
Confluencias generacionales. Algunas notas sobre prensa diaria y literatura entre la Restauración y la Regencia (Cecilio Alonso) .....	207
El conflicto generacional en las revistas del fin de siglo (María Pilar Celma) .....	257
La poesía y los conflictos coloniales en la prensa española ilustrada y gráfica del fin de siglo (1895-1900) (Marta Palenque) .....	269
<i>Don Quijote</i> (1892-1903): prensa radical, literatura e imagen (Jesús Rubio) .....	297

# Preliminar

1898 es el año de la desazonante *Ballad of Reading Gaol* de Wilde, del simbólico drama dannunziano *La città morta*, del relato de ciencia ficción de Wells *The War of the Worlds*, de la muerte de Mallarmé, y también de la resonante requisitoria *J'accuse* de Zola o del ensayo de Tolstói *Qué es el Arte*. Estos son algunos testimonios de cómo la vida intelectual contemporánea estaba experimentando una honda transformación de valores morales y prácticas artísticas en relación a las tendencias dominantes durante el siglo XIX, testimonios que se sumaban al proceso en el que grandes fuerzas de orden económico y social reordenaban la estructura de las sociedades occidentales en la gestión de una profunda crisis que habría de manifestar sus perfiles más acusados durante las primeras décadas del siglo XX.

En 1898, España entraba en la última fase del conflicto colonial que le reportó la pérdida de Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas. Este episodio generó, como es bien sabido, una secuela de autocrítica colectiva y de iniciativas sociales tendentes a la reactivación vital de un país que, como escribía en aquellas fechas un influyente político, se había quedado sin pulso. Los alcances de aquellos acontecimientos también traspasaron el siglo para ejercer un efecto estimulante en la acción política inmediata y en un prolongado debate intelectual cuyos ecos resuenan aún, a veces de forma muy interesada, a casi cien años de distancia.

Pero la crisis española del 98 fue mucho más que un trágico episodio nacional posiblemente anotado en la carpeta de proyectos novelísticos de don Benito Pérez Galdós. Los relieves morales de esa crisis no eran ajenos a la evolución histórica del mundo occidental, si bien el ritmo de convergencia con los países más cercanos tenía una longitud de onda diferente; y su génesis, desde luego, no fue la respuesta automática al estímulo del «desastre» sino el rico precipitado de una experiencia histórica colectiva que venía madurando, al menos, desde el Sexenio democrático (1868-1874). De modo y manera que la confluencia dinámica de diversos estratos de problemas en la crisis hispana del fin de siglo dotan a ésta de una singular complejidad, complejidad que

debe añadirse a los rasgos distintivos del interrogante sobre la realidad histórica de España.

El camino al 98 o *hacia el 98* —como sugería Juan López-Morillas en el título y el contenido de un libro inexcusable—, es una adecuada denominación para el fecundo proceso que conduce desde las tensiones vividas en la España de mediados del XIX hasta la crisis del fin de siglo. En ese camino se desarrollaron muchos españoles que habrían de desempeñar un papel importante en el conflicto del 98 y en la crisis del fin de siglo. El espacio cronológico que cubre esta ruta abarca desde personalidades cuya juventud se forjó en alguna de las tradiciones que dibujan la fisonomía de la España moderna —el liberalismo progresista, el tradicionalismo castizo...— hasta los mejores epígonos del krausismo, ya se trate de los fieles a la versión estrictamente idealista ya de los que asumieron los presupuestos metodológicos de la ciencia positiva. Desde Valera y Pardo Bazán a Giner, Galdós, Costa, Menéndez Pelayo, Clarín, Yxart..., hubo muchos escritores, profesionales y periodistas que no rehusaron tratar de las cuestiones que importaban a los españoles del último tercio del siglo XIX: la educación y la mejora del nivel moral del país, su modernización científica y técnica, lo que en los términos del momento se llamaba el problema «regional» o la «cuestión social», el conflicto de las colonias, la *regeneración* individual y colectiva, en una palabra.

La formación y la trayectoria de cada uno de los escritores de la Restauración explican el grado de compromiso con los problemas colectivos y su actitud personal ante la crisis finisecular. Con todo, las tendencias generales del pensamiento gravitaron sobre las elecciones individuales. El krausismo cristalizó en la propuesta de una moral exigente y autónoma realizable a través de un exigente programa educativo; la recepción de la filosofía positivista y la ciencia experimental se tradujo en la adopción de métodos de trabajo y en la aplicación de técnicas capaces de incrementar el desarrollo material y de mejorar las condiciones físicas de la existencia —las denuncias de Ramón y Cajal o Felipe Trigo sobre el estado sanitario en Cuba y Filipinas son una muestra de esto último—; la asimilación de las corrientes artísticas y de pensamiento europeo que, a partir de 1885 aproximadamente, reclamaban el descubrimiento del *hombre interior* encontraron a su vez su peculiar réplica española. La proyección de estas propuestas fue realizándose en el curso de sucesivas intervenciones reformistas ejecutadas por grupos o individuos inquietos, y, entre ellos, por algunos creadores literarios de larga trayectoria.

Benito Pérez Galdós puede ser el prototipo de estos escritores en los que se suma a una experiencia juvenil de acción pública la decidida

intervención en los aflictivos momentos del «desastre» y de la zozobra moral del fin de siglo. En sus reducidas «Memorias de un desmemoriado» describe, por ejemplo, una biografía literaria que se inicia con su llegada a la capital del reino y se cierra en la evocación del año 97: «El año, ¡ay!, se presentaba con poco seso. En agosto fue asesinado en Santa Águeda el más alto de nuestros estadistas: Cánovas del Castillo... Con silencioso y traicionero andar venía hacia España el siniestro 98».

La literatura española de la última década del siglo XIX vino a coincidir con corrientes intelectuales y artísticas que se estaban manifestando en el Occidente contemporáneo y que suelen ser conocidas bajo la denominación de «espiritualismo»; gracias al trabajo de varios estudiosos, en los últimos años hemos avanzado mucho en la determinación de algunos rasgos de estas corrientes. En esta simultaneidad, la peculiaridad española parece consistir en que el «espiritualismo» fue asumido por escritores peninsulares que ya habían participado en otros proyectos de mejora de la vida nacional y que, en los años del cambio de siglos, actualizando sus preferencias de otrora, subrayaron valores como la proximidad humana a *los otros* y el conmovedor respeto a las zonas de misterio de la existencia que la ciencia y la técnica no explicaban de modo satisfactorio. La crisis de valores del fin de siglo tuvo su resonancia artística en las distintas formas de creación, aunque en España se manifestara en los géneros narrativos de modo fundamental. La evolución narrativa desde la ficción realista de amplio escenario hasta la novela de espacio reducido a la conciencia del personaje individual supone un momento decisivo en la historia del género, y ese paso, en la literatura española, se inició en la obra de los grandes novelistas de la Restauración. Éste es un ejemplo de la intervención en el cambio literario que tuvieron los autores *viejos*.

Los escritores que desde 1868-74, e incluso desde antes como Valera o Pereda, estaban renovando los instrumentos literarios —recordemos que la novela y el cuento, de modo muy singular—, y que se habían comprometido en diversos esfuerzos reformadores de la sociedad española, vivieron en los años finales del siglo otra experiencia de crisis colectiva que los llevó a la adopción de nuevas respuestas patrióticas y los situó, además, en la dinámica de confrontación con escritores más jóvenes que carecían de su biografía histórica y perseguían otras respuestas. La dialéctica entre *viejos* y *jóvenes* es una cuestión central en el proceso de la crisis finisecular y fue, por ejemplo, formulada en términos inequívocos por Ramiro de Meztu: «En España no hay más que dos clases de hombres, los anteriores a 1898 y los que han venido después» (*La Publicidad*, 5-XI-1902). Porque la relación de

magisterio y convivencia entre diversas generaciones de escritores que tantas veces nos ofrecen las páginas de las publicaciones periódicas de la época y los escritos memorialísticos o las correspondencias privadas no deben ocultarnos las diferencias que en el orden de la concepción artística y de los propósitos últimos de su trabajo separaban a unos de otros. Determinar las zonas de coincidencia entre «gente vieja» y «arte joven» y marcar sus fracturas es un cometido fundamental en la revisión de la actitud adoptada por los escritores mayores ante el horizonte del 98.

\* \* \*

Las cuestiones esbozadas en estas líneas y otras de tanto o más calado se analizan en los estudios que forman este libro, una obra que no es el agavillado de unos encargos monográficos improvisados sino el resultado de una semana de trabajo y discusiones que propició la Fundación Duques de Soria en la Universidad de Valladolid durante el mes de octubre de 1995. En este libro se reúnen las versiones definitivas de las ponencias iniciales que dieron pie a una fecunda conversación aún, afortunadamente, inconclusa para sus autores.

El lector encontrará descritos y explicados los rasgos de la crisis finisecular según la vivieron un grupo de escritores representativos de la vida literaria española de la Restauración, tanto creadores de ficciones como críticos literarios; autores de una cronología tan amplia como la que corre entre la fecha de nacimiento de Juan Valera (1824) y la del crítico catalán Jaume Brossa (1869). Los tres primeros estudios plantean cuestiones panorámicas de carácter estético, histórico e ideológico y los cuatro siguientes pormenorizan los problemas generales en cuatro autores imprescindibles: Valera, Galdós, Pardo Bazán y Clarín. La importancia, en fin, que tuvo la prensa periódica de la época como medio generador y vehículo difusivo de las reacciones de estos y otros notables autores del momento ocupa la tercera parte del libro que, sin pretenderlo expresamente, constituye un utilísimo estado de la cuestión sobre el periodismo literario del momento.

Sobre los géneros literarios y los textos periodísticos del 98 se dijeron muchas más cosas de las que, por exigencia de sus características materiales, se recogen en este libro. Precisamente entre las *conclusiones* de aquella reunión inolvidable figuraba esta que transcribo literalmente respetando la justificable grandilocuencia de su estilo: «Los participantes en el Seminario consideran urgente e imprescindible proceder a un plan *sistemático de catalogación y estudio de los textos periodísticos y las publicaciones periódicas* de mayor significación nacional y local durante el último cuarto del

siglo XIX». Hago votos a mis dioses para que de los presumiblemente abundantes proyectos que se darán a luz en el inmediato centenario del 98 alguno de ellos se ocupe de esta tarea humilde pero necesaria.

Zaragoza, octubre de 1997

LEONARDO ROMERO TOBAR